

Una reflexión en memoria de Carlos Urruty

*José Thompson**

La muerte de Carlos Urruty la he tratado de asimilar y lamentar como la pérdida de una mente lúcida y una personalidad enorme forjadas a lo largo de más de seis décadas entregadas a la causa de la democracia y las elecciones. Y eso es cierto, pero es una racionalización que no puede explicar la pena y la sensación de ausencia que me ha quedado ante la partida de un amigo entrañable. Por eso es que, como ya otros lo han hecho, he decidido escribir algunos párrafos en donde quiero tratar de rescatar la complejidad y estatura de una figura internacional como la de Carlos, mientras bosquejo algunos de los rasgos de su humanidad, de su alma y espíritu inquietos, que generosamente quiso compartir con quienes tuvimos la fortuna y el privilegio de contarnos entre sus amigos.

Conocí a Carlos creo que en 1986, cuando asistió al Curso Interamericano sobre Elecciones y Democracia que organiza el Centro de Asesoría y Promoción Electoral, CAPEL, sección permanente del Instituto Interamericano de Derechos Humanos. Yo era bien joven entonces y apenas un funcionario reciente de ese Instituto, pero eso no fue obstáculo para que Carlos me diera la libertad de llamarlo por su nombre y tratarlo de vos, a pesar de sus canas y de la majestad con que llevaba su cargo de Magistrado y luego Presidente de la Corte Electoral de Uruguay. A Carlos no le gustaba parecer inaccesible y tenía aprecio por los jóvenes, con quienes además se comunicaba bien, del modo que la mayoría de los docentes queremos ser.

* Director de CAPEL.

Nos vimos a menudo a lo largo de los años, coincidimos en actividades académicas y en misiones de observación, él sabiendo ser líder y yo aprendiendo y luego asimilando, aunque mis tareas principales en el IIDH eran en otros campos, no el electoral en particular.

Desde el año 2000, el destino nos juntó. En el IIDH me encargaron primero de manera temporal y después de forma permanente la Dirección de CAPEL y ello supuso no sólo un mayor contacto con los organismos electorales del continente sino también con los Decanos del cuerpo electoral de las Américas, con Carlos a la cabeza. Y por esta razón, la amistad encontró muchas nuevas oportunidades para encontrarse y compartir. En mi recuerdo, Carlos era, es un personaje único, como única era la combinación de facetas que lo hacían quien era él.

Maestro. Carlos sabía lo suyo. Había conducido y visto centenares de procesos electorales. Era un convencido de que los principios del derecho electoral, sobre todo la especialidad y la autonomía de los organismos encargados de los comicios, debían ser la guía permanente de las acciones y las reformas en tema electoral y por eso sentía, válidamente, desconfianza del cambio por el cambio. Era capaz de recitar de memoria artículos enteros de la legislación uruguaya y hasta de recordar, en su prodigiosa memoria, las vicisitudes de las instituciones electorales a lo largo de un siglo, vinculándolas adecuadamente con la evolución del Derecho Constitucional y con la consolidación del Estado de Derecho. Recordaba con aprecio a sus profesores y lo que de ellos había aprendido lo traía una y otra vez al presente, pues para él el tiempo era prueba de resistencia, no de vejez y estaba legítimamente orgulloso de lo tradicional de la mecánica electoral en Uruguay. Tenía la paciencia del docente y era capaz de explicar múltiples veces el mismo concepto hasta estar seguro de ser comprendido o hasta rendirse por no serlo. Sabía con certeza analizar situaciones de distintas legislaciones volviendo a los principios, a la razonabilidad que debe informar todo lo jurídico y al valor de los fines a los que debe servir un aparato

Construyendo las Condiciones de Equidad en los Procesos Electorales

electoral. Podía hablar por horas de un tema, aun a riesgo de poner a prueba la paciencia de su auditorio, pero sus amigos comprendíamos que esto sucedía porque tenía tanto que decir, después de acumular más de sesenta años de dedicación a la causa electoral y porque deseaba compartir.

Generoso. Carlos fue modesto y austero en su vida. Cuando coincidíamos en un viaje, solía reírse de mi exceso de equipaje cuando él trataba de viajar sólo con la maleta de mano. No pedía lujos, le molestaban los excesos de ostentación cada vez que los presenciaba y cuando solicitaba viajar en clase ejecutiva, a raíz de su condición física, terminaba siempre disculpándose. Compartió su saber electoral y su sensatez política con todo aquel que quiso y supo escucharlo y pudiendo hacer de su hoja de vida una forma de engrosar su patrimonio, la mayoría de lo que dio lo dio sin recibir nada a cambio. Si se trataba de colaborar con otro país, con otro sistema, lo hacía sin pensarlo. El caso más notorio es El Salvador, pero muchos otros regímenes electorales latinoamericanos se nutrieron de su conocimiento y de sus consejos. Pero no sólo de elecciones sabía: si se trataba de cine, de música –su cine, su música, claro está– era capaz de recordar escenas específicas, diálogos profundos o partituras enteras y tenía exquisito gusto, sabiendo cuándo una actuación era inolvidable y cuando una obra había marcado un nuevo rumbo. Muchas veces sus generosas recomendaciones terminaban apenas digeridas por sus interlocutores; en mi caso dije, a menudo, que deseaba tener, en nuestras largas tertulias, una libreta donde anotar esa cornucopia de saber, para luego recuperarla en la contemplación de obras memorables a las que de otro modo difícilmente habría tenido acceso por falta de conocimiento. Gracias a Carlos compré mi primer disco compacto de Mozart, vi la primera de muchas veces *El ciudadano Kane* y obtuve una copia grabada por su nieto, Carlitos, de *Las uvas de la ira*. Carlos aceptaba los homenajes y se conmovía con las palabras con que se reconocían su vida y obra, pero desconfiaba de los halagos reiterados y, con sus amigos, parecía disfrutar más de las bromas que de los elogios. Pero nunca dejaba de compartir: si

una botella de vino de más le quedaba, se la pasaba a sus amigos, lo sé porque fui beneficiario de su generosidad.

Conservador, pero un auténtico demócrata. Carlos apreciaba el valor de la tradición y repetidamente decía que las grandes sabidurías se destilan a lo largo de mucho tiempo. Notaba que el mundo cambiaba demasiado deprisa en la actualidad y advertía que eso no estaba bien, que los ritmos del cuerpo y el alma no están para grandes velocidades. Admiraba las obras jurídicas que por su grandeza y sencillez resistían el paso de los años. Y no lo hacía por su edad, sino por una verdadera convicción de que los molinos del tiempo muelen despacio y que el tiempo se venga de las cosas que se hacen sin su concurso, pensamientos que solía repetir. El ser conservador, sin embargo, no puede interpretarse como falta de devoción a la causa democrática. Carlos sabía que sin elecciones no hay democracia y solía citar a Ortega y Gasset en recordar que la validez misma de un sistema político depende de “un mísero detalle técnico”. Me confió en alguna oportunidad que el día que convenció a los representantes del régimen militar ante el organismo electoral que en el referéndum que los podría haber perpetuado en el poder –allá por 1980–, había que darle copia del acta de escrutinio a cada uno de los representantes de los partidos presentes, supo que había asegurado condiciones para un resultado auténtico de ese proceso tan decisivo para la historia de su país y supo que la democracia tenía una verdadera oportunidad y me dijo que, confiado en el sentido democrático del uruguayo, sonrió y aguardó. El tiempo le dio la razón y el Uruguay regresó a transitar por la vía democrática. A Carlos la democracia le importaba de veras.

Testarudo y perfeccionista. Decía Carlos que la sangre vasca que corría por sus venas explicaba su admitida testarudez: cuando se aferraba a una idea nada ni nadie parecía poder hacerlo cambiar de pensamiento. Si bien esa faceta podía hacer de Carlos un integrante difícil en cuerpos colegiados, hay que admitir que muy a menudo tenía razón. Y cuando se

Construyendo las Condiciones de Equidad en los Procesos Electorales

equivocaba, uno tenía que comprender que a un amante de la tradición no se le puede cambiar de la noche a la mañana y que alguien acostumbrado a ser líder es frecuentemente reacio a cambiar de opinión. La testarudez de Carlos iba acompañada de tenacidad, no se daba por vencido con los obstáculos e intentaba una y otra vez aquello que su mente y su conciencia le dictaba. De ahí su extraordinaria energía y su resistencia, para sesiones maratónicas, para viajes extenuantes o para procesos electorales interminables. Su testarudez daba paso a la paciencia del docente cuando se convencía genuinamente que del otro lado no se comprendía la situación o el concepto propuestos, lo que solía sucederle fuera del país y cuando asesoraba a otros que apenas estaban construyendo el aparato electoral después de los autoritarismos. Y así como sabía aferrarse a una idea y defenderla aunque fuera la única voz que se alzaba en esa dirección, también se exigía mucho a sí mismo y a los esfuerzos de que hacía parte. Quienes coincidíamos con él en conferencias o en misiones de asistencia sabemos que podían ser horas hasta que se encontrara una redacción que lo satisficiera y que la mejor forma de lograr un acuerdo acerca de las recomendaciones era que Carlos participara directamente escribiendo de su puño y letra. Y ese perfeccionismo hacía que le exigiera, siempre y todos los días, mucho a su extraordinaria memoria: no había una letra de un tango que no se supiera y podía pasar despierto casi toda la noche hasta recordar el nombre de una actriz que había mencionado en la cena por alguna memorable actuación en una película de cincuenta años atrás. Alguna vez le dije que Google puede ayudar a que con sólo una frase uno identifique la obra en cuestión y me miró perplejo, para él ejercitar la memoria ayudaba a conservarse con la lucidez que tuvo hasta su muerte. Debo confesar que esa combinación de testarudez y tenacidad me hizo ilusionarme con que Carlos saldría de su gravedad y se lo dije cuando por teléfono, desde Costa Rica, lo llamé en el breve espacio que estuvo entre gravedades en su casa. Pero no bastó para reparar un organismo maltrecho por el trabajo casi sin descanso: llegó a tener más de una década acumulada sin disfrutar de vacaciones.

Un gran amigo. Pero aún con su aporte al Derecho Electoral y a la democracia latinoamericana, mereciendo figurar en los *Records de Guinness* por su sorprendente estadía en una misma institución, lo que más recuerdo y más me hará falta de Carlos es su capacidad de entregarse a la amistad. Solía decir que lo más importante de las conferencias, las jornadas académicas y las misiones de observación electoral era reencontrarse con los amigos. Carlos era amable con los que conocía, era querido tanto como respetado y tenía muchas amistades, pero en cierto sentido fue selectivo con sus amigos. Y valoraba la amistad como nada, toleraba y celebraba en sus amigos facetas y actitudes que no se habría permitido siquiera considerar para sí mismo. Podía estar con sus amigos horas y horas, sin cansancio. Poseedor de un humor extraordinario, premiaba a sus amigos con historias, anécdotas y chistes y sabía intercambiar recibiendo de buena gana bromas y picardías que sus amigos le practicaban. En cierto modo, el niño dentro de Carlos, para fortuna nuestra, nunca creció y su pasión por la música, el cine, el arte o los imponentes paisajes latinoamericanos se enriquecía constantemente y sabía compartirla con sus amigos. Cuando tenía confianza en un amigo, bastaba un cruce de miradas pícaras para provocar la sonrisa o la carcajada. Para alguien tan acostumbrado a ser líder, era notable su capacidad para reírse de sí mismo, al punto de sacarnos las lágrimas al menos una vez en cada encuentro que teníamos.

Se suele decir de alguien extraordinario que cuando lo hicieron después rompieron el molde. Con Carlos seguramente ese fue el caso. Hay espacio y razón para llorarlo pero si es cierto que alguien vive mientras se le recuerde, Carlos Urruty corre el riesgo de hacerse eterno.

San José, septiembre del 2010